



la poesia mancha

CÍRCULOS CONCÉNTRICOS

Iria Supertramp

CÍRCULOS CONCÉNTRICOS

la poesía mancha

Primera edición: septiembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Iria Supertramp

© Ilustraciones: Elsa Fernández Martínez y Jorge Cordobés Delgado

ISBN: 978-84-120234-8-0

ISBN digital: 978-84-120234-9-7

Editorial La poesía mancha

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

produccion@lapoesiamancha.com

www.lapoesiamancha.com

Impreso en España

*A Laura,
por abrir todas las puertas tapiadas
de las que no podía entrar ni salir nada,
por darme llaves para mis jaulas,
para poder enseñar los aullidos y las marcas.*

*Y a mi madre,
por hacer siempre un hogar para mí y mis hermanas,
a pesar del ruido y las ausencias.*

PRÓLOGO

Nacer es arrojarnos a la vida como una piedra en un lago. Apenas un guijarro imperceptible, comparado con la masa interminable del agua y su calma aparente y desdeñosa. Lo que ocurre es que no somos lo que somos, sino lo que provocamos, lo que causamos, lo que buscamos y, a menudo, lo que perdemos en el camino de esa búsqueda.

Y esa pequeña piedra genera en el agua una herida circular que va creciendo en otras heridas cada vez más grandes, cada vez más lejanas, cada vez más propias y, al mismo tiempo, más de los demás.

Escuchar recitar algunos de sus poemas a Iria Supertramp es una experiencia que no deja indiferente, porque conmueve, porque sabe transmitir, porque incluso su leve (o marcado, depende de cuánto tiempo lleve lejos de su verde original) acento gallego, actúa como bálsamo para decir las cosas más duras cuando son necesarias.

Sin embargo, donde su poesía crece es cuando la lees sobre el papel (o la pantalla, todo hay que admitirlo), porque es allí, es decir, aquí, en este libro, donde sus poemas conforman una tesis de vida, un recorrido por el que pisa firme, con metáforas sólidas y nada rebuscadas. Y el efec-

to es el mismo que cuando la escuchas leer en directo, pero con la diferencia de que cada palabra va trazando su propio círculo concéntrico en tu cabeza.

Es este un primer poemario que no lo parece, y ojalá un escarmiento para la gente, cada vez más poca, que tiende a subestimar la poesía de las nuevas poetas. Claro que Iria Supertramp habla desde la experiencia de sus cortos años, pero lo importante es cómo ha convertido esos años en verso, en recuerdos que contagia a quien la lee, sin estridencias, ni trucos fáciles. Con la sencillez con la que un guijarro cae en un lago interminable, y comienza a redibujarlo verso a verso, círculo a círculo, para siempre.

CARLOS SALEM

1.

INFANCIA

VAMOS A LA GUERRA

Queremos tener la misma infancia
que tienen todos los demás niños
y no esta guerra.

SILVI ORIÓN

Esta quietud no me deja moverme más allá de mis ojeras.
Ni abrirme a nadie, ni hacer abril de todos estos diciembres.
Ni susurrarte las legañas, ni incendiar las ganas.
No sé a dónde va a llevarme este desahucio de veranos.

Este envase reciclable de lo que fuimos.
Esta herida dibujada de todas las guerras que no hicimos,
intentando entender la nuestra.

¿SUMAS O RESTAS?

Cuanto menos abrazo, más inútiles las extremidades.
Cuanto menos bailo, más me pierdo la música.
Cuanto menos estoy, más quiero que vengas.
Cuanto menos infancia, más reniego de mi padre.
Cuanta menos poesía, más necesidad.
Cuanto menos me rompo, más se me caen las lágrimas.
Cuanto menos te veo, más me lleno de rabia.

Cuanto más me cohíbo, menos sé expresarme.
Cuanto más amo, menos fortaleza siento.
Cuanto más siento, menos me atrevo.
Cuanto más extraño, menos puedo eludir la culpa,
mía o tuya.
Cuanto más miedo tengo, menos sonrío.
Cuanto más lejos, menos tengo de vosotros.
Cuanto más fracaso, menos sé dormir.

Cuanto más fuego, más *pitís*.
Cuanto más ruido, más birra.
Cuanto más sola me siento, más me aísló.

Cuanto más coraza, más engaño.
Cuanto más oscuridad...

Solo quiero hacer estallar este caparazón.

LA VOZ PARA TI DORMIDA

No dejo entrar en mi círculo a cualquiera por la simple razón de que no quiero a cualquier en mi círculo. Me irritan los que te aconsejan sin pedirlo, los que te ofrecen la mano con arrogancia sin haber vislumbrado la mitad de tu dolor, los paternalistas, los padres frustrados y todos aquellos que expresan con superioridad su camino entre una nada y la otra. Los que intentan imponer sus dogmas, los que creen continuamente tener la respuesta. Yo veo tu frente demasiado erguida para todo lo que podrías aprender. Yo amo la duda, la sencillez, los brazos que me mecieron con desnudez violenta en veranos de lágrima.

Sé de los abrazos y el llanto del que vengo, conozco la sensación de que te fallen las personas que más deberían quererte, la soledad de 8.300 km de lejanía del río frente al que besé por primera vez. Conozco las palabras de maldición de un padre sobre sus hijas, y la lágrima más puntiaguda cayendo por la mejilla de mi madre. Esta soledad a veces tan impuesta y otras tan exigente, no necesita de abrazos a medias, de sonrisas fingidas, de arrogancia de mierda.

No cedo el espacio suficiente a nadie que no respete mis fantasmas, tengo un puñado de amigos en Galicia que me recuerdan quién soy, o quiénes somos. Pero me dan tristeza las voces febles, el obsceno mirar de quien lo entiende todo sin entender nada, me da pánico el escenario vacío, el lento titubear de un telón que vuelve a no poder abrirse, la afonía inmóvil de cantante primerizo.

Solo venía a decirte que no quiero tus consejos casi obligados, que me gustaría que te preguntases por qué esa necesidad de «adoctrinar» al resto, sé que tengo mucho que decir y de verdad, de verdad, llámalo egocentrismo, pero no quiero regalarle mi tiempo a cualquiera, solo lo busco de quien valore la sonrisa y sepa cuidar la lágrima, si no, no lo quiero.

Si alguien hubiese visto a la chica del acento radiante, todos los sitios donde seguir mirando serían puro escepticismo. Si nadie hubiese callado el ruido de su cabeza, quizá pudiera derramar la lágrima y el dolor que la encadena a un mundo que no sabe escucharla.



VESPRE

Puestos hasta las cejas de incendio
no supimos si pedir amnistía o celebrar san Juan,
nos dispusimos a arriesgar las ganas y de repente
dejamos de enviarnos esperanza,
suponiendo que la hostia duele menos si no la alientas.

Nos llenamos de charcos, pero no de lluvia
y nos consumieron las canciones,
como un verano inacabado porque tú te marchabas
y ni siquiera era septiembre.

A tal nivel de indiferencia
y espacios de seguridad,
no pudimos sacar la rabia
y nos dimos un miedo increíble
apretando los dientes
como si pudiéramos apretar los sentimientos,
y claro, no pudimos.

Así que nos resignamos al amor a terceros,
a la birra de cero cuarenta

y nos agarramos a clavos ardiendo
porque se nos había olvidado brillar.

Ya no sé si odio más bailar para confundir a la oscuridad
o esta ciega oscuridad que no me pregunta
si he llegado bien a casa.

Voy a sacar la artillería pesada
esperando a que sonrías,
creo que voy a dejarme morir una vez más,
encender un cigarro y esperar
a esa luz que dicen que aparece,
estoy hasta las trancas de buscarla,
quiero que sea ella quien me encuentre
esperando que al menos no sea
cegadora.

SEXO, DROGAS, R&R

Aunque no hablemos de sexo,
drogas y *rock and roll*,
habrá gente jodiendo,
gente intoxicando y gente enloqueciendo.

A los 10 papá nos interrumpía las fiestas del pueblo,
lloraba y nos cogía de la mano a mi hermana y a mí
e intentaba explicarnos que no era culpa nuestra
que se separase de mamá.

A los 11 o 12 le tuve rencor
y no le saludé en una fiesta del colegio,
cuando llegué a casa dijo
«métete tu puto orgullo por el culo»,
era una gran borrachera
para una hija tan pequeña.

En el bautizo de la ahijada de mi hermana,
yo iba a secundaria y papá embriagado
me levantaba la mano

avergonzándose más a él que a mí,
y yo corría a llorar al baño.

A los 13 empezaban los conciertos
influenciada por mi hermana mayor,
y parece que la vida pesaba menos.

A los 14, un autobús me destroza los pies
y me quedo 9 días en el hospital,
3 meses en muletas
y más de 1 año en rehabilitación,
proyectando el dolor físico
en lo psicológico de mi familia.

No la veo pero sé que mamá llora
ante la posibilidad de que su hija se quede sin pie.

Ese año me dan los abrazos más efímeros
de la felicidad adolescente.
Tuve miedo y mi oportunidad
se la quedó una niña que me dañó
como no se debería saber hacer
todavía con 14 años.

A los 15, Martín,
el chico que mamá creía que me gustaba,
y al que yo trataba como un gran amigo
se fue a vivir a Lugo.
Ese mismo año crezco

en las palabras de confianza
de una amiga de mi hermana
y me hago mayor en un verano.

Los primeros besos,
para mí significando el mundo
y para ellos un rato.

Septiembre de los 16,
conozco a una pandilla brutal
en el instituto nuevo.

A los 17, un 2º de Bach. demasiado divertido
como para sacar buenas notas.

El verano de los 18 solo diversión
y mediocridad en selectivo.
Un futuro incierto aprendiendo
lecciones de vida de Cristóbal,
mi primer compañero de piso.
Alcohol y humo como costumbre.

Mis amigos me regalan tinta
en la piel y vuelos en parapente.

Mamá llora porque papá no sabe quererla
y mamá no sabe dejarle ir.

Un chico quiere cogirme de la mano
mientras vamos hacia casa
y cuatro meses después
nos rompemos las lágrimas
en un andén de tren.

Ese año papá deja de beber
pero yo nunca le llamó papá
y no vale lavarse las manos
e intentar suplir años de carencias,
no funciona así.

A los 19, conservo amigos que conocí
antes de tener raciocinio
y me dejan ponerme moñas sin advertencia.

No es que papá se fuera cuando era pequeña
es que papá no estuvo mientras me hacía mayor.